

**TODO LO QUE SOY, BUENO O MALO,
LO HE HECHO EN MÉXICO***

DOLORES CAMPOS

“Susana Gamboa venía al frente de la expedición del *Sinaia*, por encargo del gobierno mexicano, y como se lee en los comunicados que nos entregaban durante la travesía, se organizaban charlas sobre lo que era México. Su cultura, su economía, su historia, porque la idea que teníamos de él era muy simplista. En realidad nadie conocía el país adonde iba a llegar... Mi desconocimiento de México era casi total, aunque en la guerra, por verdadero accidente, tuve cierta relación con él: en Málaga, donde estuve los primeros meses, se organizó una milicia voluntaria con los militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas, a la que se decidió llamar Batallón México por agradecimiento. En aquellos primeros meses, México ya había fijado su política de apoyo a la República Española”, recuerda Adolfo Sánchez Vázquez, profesor emérito de la UNAM.

Sánchez Vázquez (Algeciras, Cádiz, 1915) confiesa, entre risas, el “pecado de juventud”: su actividad poética en los meses anteriores a la Guerra civil española, y relata cómo su actividad política y adhesión al marxismo lo condujeron a “otros cauces de expresión, como la filosofía [que] podrían tener un efecto más directo, más inmediato, en el aspecto ideológico y político. Eso fue lo que me llevó, como marxista, a preocuparme más de expresarme en esa fase que en el terreno poético”.

“Diré que así como en poesía fui muy precoz —continúa el entrevistado—, cosa que además es frecuente en este terreno, en el del pensamiento, que requiere de una mayor sedimentación de las experiencias, tardé en publicar mucho más tiempo”.

* *La Jornada*. México, 17 de junio de 1989.

La mayor parte de su obra filosófica, realizada a lo largo de cincuenta años de vida en México, se encuentra recogida en *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la praxis* (1967), *Ética* (1969), *Rousseau en México* (1969), *Estética y marxismo* (1970), *Del socialismo científico al socialismo utópico* (1975), *Ciencia y revolución. (El marxismo de Althusser)* (1978), *Filosofía y economía en el joven Marx. (Los Manuscritos de 1844)* (1982) y *Ensayos marxistas sobre historia y política* (1985), entre otros libros publicados. De sus inquietudes literarias previas a las tareas de investigación, se conserva el poemario *El pulso ardiendo* (Michoacán, Ediciones Voces, 1942), cuyo original fue traído a México por el poeta Manuel Altolaguirre, a quien Sánchez Vázquez lo había entregado para su edición en Madrid desde 1936.

En 1936 suspendió sus estudios universitarios en Madrid, ¿cuáles fueron sus actividades durante la guerra?

Los estudios quedaron, lógicamente, interrumpidos, y desde el primer momento me integré, con mis modestos esfuerzos, a la lucha que el pueblo español libraba contra el fascismo. Mis actividades fundamentales fueron dos: en las Juventudes Socialistas Unificadas, organización que se formó con la fusión de las juventudes comunistas y socialistas, trabajé los primeros diez meses y, como parte culminante de esta actividad, fui director del periódico *Ahora* que se constituyó en el órgano central de esta agrupación... Trabajaba en condiciones muy peculiares; el periódico estaba ubicado en Madrid a la mitad del camino entre el Palacio Real, donde estaba nuestra artillería y el frente. De manera que me acostumbré a tener que escribir los editoriales y colaboraciones bajo el fuego ensordecedor de la artillería; cuando los cañones callaban, como que me faltaba un elemento ya habitual para poder escribir.

En la primavera de 1937, me incorporé al frente. Estuve en la Once División, que era unidad de choque, donde entré a formar parte del comisariado político y en la cual era el jefe militar Enrique Líster y el comisario político era Santiago Álvarez. Después esta división se transformó en el Quinto Cuerpo de Ejército, y formé parte de su comisariado político, sobre todo en las tareas de prensa y propagan-

da. Con esta unidad militar participé hasta la terminación de la guerra y en ella alcancé el grado de comisario de batallón, que desde el punto de vista del rango militar equivale a lo que aquí conocemos como mayor del ejército.

¿Qué motivó su cambio de participación, de una actividad periodística al frente de guerra?

Consideraba que mi aportación práctica en *Ahora*, debía ser transformada en una participación más activa, más directa, más combatiente. Claro que en el frente no rompí completamente con esa actividad, puesto que me hice cargo en el Quinto Cuerpo de la edición de la revista *Acero*, que le mostraré en un momento.

Este órgano periodístico era un elemento para elevar la conciencia de la necesidad de la lucha y los valores morales, políticos, que había que defender. Vea usted, por ejemplo, en este número se está llamando la atención a los soldados, que en ese momento están en una paz relativa, para que estén siempre alertas porque el enemigo puede atacar en cualquier momento. Este otro, es un número que está hecho en el momento en que se va a iniciar una ofensiva, la que se conoce como la Batalla del Ebro, y se les señala que estén listos para combatir (15 de diciembre de 1938, número 13, segunda época, Frente del Este...); aquí, para darle un tono un poco festivo, no demasiado dramático, se titula "Esperando al toro", antes de que se produzca la embestida, digamos, del enemigo. Como usted ve, se trataba de ir creando una moral cada vez más combativa, informaciones sobre lo que ocurría en la España franquista para que los soldados tuvieran ocasión de comparar...

Aquí uno de los últimos números, 26 de enero de 1939 (el 25 es el día que entran las tropas de Franco en Barcelona), que preparamos para contribuir a elevar la moral en este momento tan difícil: "Resistir con coraje de españoles, como héroes, mientras el gobierno pone en pie todos los recursos para prestar una ayuda decisiva a los frentes". Pero ya no se pudo distribuir...

Pasa entonces, junto con miles de compatriotas, la frontera de Francia. ¿Estuvo usted en algún campo de concentración?

No estuve en un campo de concentración, sobre todo por un periodo largo, porque por la cantidad de combatientes que la pasaron, varios cientos de miles, era imposible que la policía pudiera vigilar y controlar a cada uno. Se nos indicaba, simplemente, el camino que debíamos seguir para llegar a los campos. Yo, por suerte o por desgracia, unas cinco o seis veces, tuve la posibilidad de escapar, de no permanecer en el campo, de desviarme del camino que se me trazaba. De esa manera llegué a Perpignan, donde estaban mis jefes que me ayudaron para poder llegar hasta París...

Estuve ahí unas dos semanas. Luego con otro grupo de intelectuales, uno de ellos Juan Rejano, los intelectuales franceses antifascistas nos llevaron a un albergue en *Roissy-en-Brie*... Hasta que tuve la gran satisfacción, una especie de lotería, de que se me seleccionara para venir a México.

Aparte del discurso que le tocó pronunciar acerca de nuestro país, el día del abanderamiento del Batallón México, ¿tuvo otros contactos anteriores?

Bueno, mi primer contacto había sido antes de la guerra. En febrero de 1936, si mal no recuerdo, asistí a un banquete que se daba al poeta Rafael Alberti, quien acababa de regresar de América Latina y había pasado por México. En ese banquete conocí a dos personas, a Federico García Lorca y a un mexicano, Andrés Iduarte, quien estaba en España con una beca de la Universidad Obrera de Lombardo Toledano. Simpatizamos y empezó a hablarme de México, de la Revolución...

Le voy a contar otra anécdota. ¿Se acuerda de Vittorio Vidali, quien fue compañero de Tina Modotti?... Durante la guerra nos enseñó a cantar *La Adelita* y *La cucaracha*.

De su llegada a México hace cincuenta años, ¿qué recuerdos conserva?

Ha pasado ya tanto tiempo, que uno ha acabado por fundirse e integrarse en la vida del país que nos acogió tan generosamente, que realmente son muchas las cosas que uno tendría que recordar. Desde luego, de las cosas más impresionantes que uno recuerda fue la

llegada en el barco *Sinaia*. De la llegada a Veracruz, no solamente el ambiente de la ciudad tan ajeno a lo que nosotros conocíamos en España. En particular el recibimiento humano de que se nos hizo objeto. Uno recuerda la gran multitud constituida fundamentalmente por campesinos y obreros con sus pancartas, con sus aclamaciones.

La ciudad de México también nos impresionó por su extensión y la vida cultural que en aquellos tiempos ya podíamos detectar. Tuve la fortuna de entrar en contacto, desde el primer momento, con los jóvenes escritores, intelectuales, que comenzaban a realizar su obra en aquella época. Recuerdo a Octavio Paz, José Revueltas, Fernando Benítez, y después a otros ya no tan jóvenes como Mancisidor, Carlos Pellicer...

¿En qué trabajó a su llegada a México?

Los primeros años la situación era difícil, ¿verdad? Era difícil porque también lo era para los intelectuales mexicanos. El México de aquella época, ni desde el punto de vista editorial ni desde el punto de vista universitario, ofrecía las posibilidades que ofrece hoy. Tuve que vivir durante mucho tiempo de un trabajo, del que me liberé cuando pude y que odio hasta ahora, que es el de la traducción. Tuve que vivir algunos años de traducir, de traducir a destajo para subsistir... Del francés, del inglés, pero sobre todo de un idioma que aprendí aquí, en condiciones insólitas, el ruso, porque se pagaba mejor que las otras traducciones.

¿Aprendió el ruso solo?

Prácticamente solo. Leyendo, traduciendo, eso mismo contribuía a mi aprendizaje y estuve alternándolo con mis clases, como se daban entonces, en un sitio y en otro, acumulando horas aquí y allá. Desde los años cincuentas entré a la Universidad como profesor de asignatura. Después ya me hice profesor de carrera y esto me permitió liberarme de todos esos trabajos y consagrarme a mi actividad...

Se puede decir que en México hice todos mis estudios profesionales, donde he ejercido la docencia y realizado toda mi obra. Así

que todo lo que soy, bueno o malo, lo he hecho en México y, naturalmente, gracias a las posibilidades que se me dieron con el exilio.

¿Se siente usted mexicano?

Le voy a hablar con franqueza. Nuestro exilio ha terminado en el momento en que ya se puede volver al país, prácticamente al morir Franco, y no tiene sentido hablar de exilio. Durante mucho tiempo el exiliado vive con la esperanza de volver a su país y, por tanto, no se acaba de integrar completamente en el país en el que vive. Entonces llega un momento en que se puede volver, pero al mismo tiempo ya no se puede porque ya se han echado tales raíces, que ya no se puede integrar de nuevo al país de origen. En *Fin del exilio y exilio sin fin* digo que el exilio en cierto modo es, por un lado, algo que termina, pero que al mismo tiempo no tiene fin.

En este texto Sánchez Vázquez concluye: “Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se vio arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino *cómo se está*”.